

DIRECTOR
Jean Meyer



JEFE DE REDACCIÓN
David Miklos



CONSEJO DE REDACCIÓN
José Antonio Aguilar
Adolfo Castañón
Clara García Ayluardo
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio
Jesús Velasco



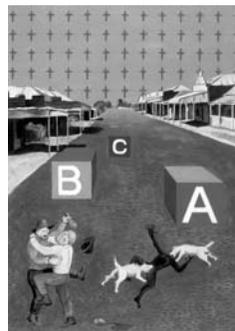
COMITÉ EDITORIAL
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*
Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*
Pierre Chaunu
Institut de France
Jorge Domínguez
Universidad de Harvard
Enrique Florescano
CONACULTA
Josep Fontana
Universidad de Barcelona
Manuel Moreno
Fraginals †
Universidad de La Habana
Luis González †
El Colegio de Michoacán

Charles Hale
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio
Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset
Universidad George Mason
Olivier Mongin
Editor de Esprit, París
Daniel Roche
College de France
Stuart Schwartz
Universidad de Yale
Rafael Segovia
El Colegio de México
David Thelen
Journal of American History
John Womack Jr.
Universidad de Harvard

- *Istor* es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE) y de Editorial Jus, S.A. de C.V.
- El objetivo de *Istor* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
- Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
- Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
- Todos los artículos son dictaminados.
- Dirija su correspondencia electrónica a: istor@cide.edu
- Puede consultar *Istor* en internet: www.istor.cide.edu

♦ Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
♦ Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
♦ Reserva del título otorgado por Indautor: 04-2000-071211550100-102
♦ Diseño:
Natalia Rojas Nieto

♦ Impresión:
Printed Boxes,
S.A. de C.V.
Manuel Navarrete 44-A,
colonia Algarín,
México, D.F.
* Suscripciones y ventas:
Editorial Jus, S.A. de C.V.
Tel.: 50 93 19 68
Fax: 50 93 19 21
e-mail suscripciones:
suscripciones@jus.com.mx
e-mail redacción:
david.miklos@cide.edu



PORTADA: GORDON BENNETT, *BLOOD-ING THE DOGS*, 1991. TOMADO DE EDWARD LUCIE-SMITH, *ART TODAY*, LONDRES, PHAIDON, 1995, P. 456.

istor; palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, “el que sabe”, el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, “tratar de saber, informarse”, y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, “historia”. Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

dossier

- 3 **Barry Carr.** Presentación
- 13 **Mark Harris.** Los australianos indígenas y las “generaciones robadas”
- 27 **Verity Burgmann.** Las peculiaridades del trabajo en Australia
- 56 **Stephen Alomes.** Australia y el ANZAC: un mito de guerra nacional en un territorio de colonos
- 79 **Diane Kirkby.** Fuerza líquida: la masculinidad y la identidad nacional en la cultura del consumo de cerveza en los *pubs* australianos

textos recobrados

- 92 **Bernard de Mandeville.** El panal rumoroso

coincidencias y divergencias

- 125 **Javier Tusell y Jean Meyer.** Los papeles de Salamanca

ventana al mundo

- 131 **Ugo Pipitone.** Segmentos ibéricos: diferencias y distancias
- 141 **Isami Romero Hoshino.** 60 años del fin de la Guerra del Pacífico: Koizumi y sus reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro

notas y dialogos

- 146 **Jean Meyer.** La humanidad y las herramientas: ¿hacia una historia universal?

- 155 *in memoriam*

reseñas

- 160 *El Supremo Poder Conservador. El diseño institucional en las primeras constituciones mexicanas*, de David Pantoja Morán
- 163 Bibliografía y reseñas sobre la historia de Alemania
- 171 *cajón de sastre*

Australia y la historia

Barry Carr

La historia de la isla-continente es poco conocida en México, y eso no debe sorprender. Los dos países no entablaron relaciones diplomáticas antes de los años setenta, la primera conexión aérea directa se remonta a 1966, pero fue suspendida en 1975, y el comercio entre ambas naciones es de poca importancia. Si bien la inmigración latinoamericana a Australia se incrementó después de los golpes militares en Argentina, Uruguay y Chile, ésta no incluye a los mexicanos.

Mientras la historia de América Latina, especialmente la del México prehispánico, colonial y moderno, tiene muchos años de presencia en la enseñanza en Australia, la historia, la política y la cultura de Australia están casi completamente ausentes en la academia mexicana, con la sola y eventual excepción de los escritores australianos mencionados en clases de literatura inglesa. Los textos del presente *Dossier* representan el primer esfuerzo para abrir una ventana a algunos aspectos esenciales de la historia de Australia en una revista académica mexicana.

El momento no podía ser mejor para lanzar el proyecto: jamás había tenido lugar un debate tan fuerte sobre el contenido y los significados de la conflictiva historia del país en la propia Australia. La revisión de la historia de las relaciones entre inmigrantes europeos y aborígenes ha sido central en las “guerras de historiadores”, pero el debate político y la controversia en los medios masivos de comunicación se han enfocado también en muchos otros temas: el sentido y el valor de la herencia dejada por la colonización inglesa e irlandesa para una Australia cuya identidad cultural y étnica ha sido radicalmente transformada por la inmigración desde Asia, el Mediterráneo y el Medio Oriente después de 1950; el papel de la guerra y de los compro-

misos militares con naciones alejadas en la creación de la identidad australiana; los retos feministas contra una celebración, muchas veces machista, de los colonos blancos, lanzados a la conquista de una tierra hostil, para crear una sociedad dizque democrática e igualitaria (por lo menos para los hombres blancos).

Ciertamente, el asunto de la identidad –¿quiénes somos?, ¿qué significa ser australiano?, ¿cuáles son nuestros rasgos constitutivos?– se encuentra en el corazón del debate público e histórico en Australia. Por lo mismo, cada uno de los cuatro ensayos aquí presentes trata, en cierta manera, de la construcción de la identidad australiana: ya sea en torno a la masculinidad y la capacidad para beber cerveza, o sobre las hazañas militares y la historia de la participación en guerras internacionales, o bien acerca de los ensayos tempranos y pioneros de una democracia social con reforma social entre 1880 y 1914.

Los debates mexicanos sobre las raíces de su identidad nacional corren paralelos a una larga discusión histórica sobre las representaciones dominantes de lo que son México y el mexicano. El debate australiano ha sido moldeado en gran parte por la imagen fundamental de una nación formada en su origen por presidiarios deportados. Motivo de vergüenza para muchos colonos europeos al principio, ese pasado presidiario ya no genera tanta ansiedad. De hecho, para algunos es un motivo de orgullo, y para los demás ya no es creíble la vieja idea de que a lo largo de las generaciones se podía transmitir esa mancha original y contagiosa.

El fin de las deportaciones, la fiebre del oro de los años 1850 y la llegada de colonos libres engendraron un nuevo concepto del hombre nacido en Australia: siempre varón, un tipo duro, independiente, capaz de adaptarse y, sobre todo, deportista; era igualitario y colocaba la amistad masculina (*mateship*) encima de cualquier respeto a la autoridad. Ese carácter antiautoritario del “tipo australiano” se perpetuó en las imágenes del bandido rural (*bushranging*), en el culto persistente de bandidos como Ned Kelly, en la independencia tenaz de los mineros capaces de levantarse en armas.

Ese “tipo australiano” ha sido pintado siempre como anglo-celta, lo que corresponde a la composición de la población de la época, pero también a la

supresión cultural de las identidades de los aborígenes, de los isleños del estrecho de Torres y del Pacífico, de los chinos, alemanes y muchos otros. Aunque la gran mayoría de los australianos vivía en ciudades, a fines del siglo XIX se mantenía el tipo australiano como hombre de tierra adentro, algo como el gran tunal chichimeco de México, una tierra árida y dura, llamada *bush*. El australiano se consideraba hijo del *bush*, un colono intrépido e incansable, imagen que ha sido popularizada en pinturas, novelas y canciones. Esa representación sirvió para colonizar el paisaje, poner fin a la violencia de la “frontera”, fundar una independencia económica y una legitimidad de la explotación de los recursos naturales y, finalmente, para afirmar que el sentimiento nacional era un asunto puramente masculino.

Sin embargo, la mitología de Gallipoli ha sido mucho más importante que la imagen del *bush*. El desembarque de las tropas australianas en Turquía durante la Primera Guerra Mundial ha sido vivido y recordado como un drama colectivo, como una historia de heroísmo y sacrificio, de sangre y solidaridad. En el imaginario popular contrastan el espíritu igualitario y las cualidades guerreras de las tropas australianas y neozelandesas (Anzac: Australia and New Zealand Army Corps) frente a la pomposa incompetencia de los oficiales británicos que los mandaban a la muerte. En 1916, el primer aniversario del desembarque fue celebrado en Australia con la instauración del Día del Anzac, día que se ha vuelto la fiesta nacional, la más importante del calendario cívico. Ha sido calificada de “festival tribal” porque ha desarrollado rituales que combinan solemnidad y festejo. Empieza al atardecer, con solemnes oficios religiosos en todas las ciudades y pueblos de Australia; al día siguiente, por la mañana, veteranos de todas las guerras desfilan por las calles al son de marchas de la Primera Guerra Mundial. En la tarde se reúnen los mismos para recordar, beber cerveza y, quizás, practicar juegos ilegales, mientras los policías se hacen de la vista gorda. La leyenda del Anzac es tratada, en este número, por Stephen Alomes.

Por otro lado, tomar cerveza es mucho más que algo anecdótico en la identidad australiana. Diane Kirby muestra cómo esa actividad sumamente sexista era un privilegio de los varones, que gozaban de la cantina (*front bar*) como un espacio masculino, lleno de rituales viriles, en donde las únicas mu-

jeros eran las meseras. Los hombres anunciaban su masculinidad a los otros hombres tomando cerveza en el *front bar*, y hubo que esperar la revolución sexual de los años sesenta para que las mujeres pudiesen tener acceso a las cantinas. Eso fue un reto terrible para la identidad que muchos hombres encontraban en el consumo frenético de alcohol entre las cinco y las seis de la tarde (resultado de una ley de guerra de 1916 que imponía el cierre temprano de las cantinas, poco después del fin del trabajo a las cinco).

La identidad nacional no descansa solamente en la bebida y en la guerra: existe una mitología obrera radical que ha sustentado discursos fundamentales sobre las “especificidades de los australianos”. Como lo cuenta Verity Burgmann, Australia se ganó desde muy temprano la fama de ser un laboratorio social de importancia mundial, “un paraíso del trabajador” (*le socialisme sans doctrines*), con salarios relativamente altos si se les compara con los del resto del mundo y con una jornada laboral de ocho horas para ciertos trabajadores desde 1856-1857. El sufragio universal (masculino) sin restricciones, la llegada al poder de los primeros gobiernos laboristas social-demócratas en 1899, la experiencia adelantada de regulación laboral por parte del Estado y de su arbitraje en los conflictos entre capital y trabajo —asunto que pudo tener alguna influencia sobre los constituyentes mexicanos de 1916-1917—; todo esto ayudó a dar la impresión de que Australia era un sitio extraordinariamente precoz para los experimentos en el bienestar social. Sin embargo, Burmann señala algunos aspectos menos positivos de este ensayo social, como el impacto del racismo en el primer sindicalismo australiano, una tendencia a privilegiar a los hombres e ignorar a las trabajadoras, así como un estatismo excesivo.

En los últimos años, la revisión angustiada de las relaciones entre blancos y aborígenes ha jugado un papel decisivo en la reformulación de la identidad australiana. La historiografía indígena es relativamente reciente en Australia, puesto que empieza en la academia alrededor de 1960 (siempre hay algunas excepciones, escasas). Al principio fue eurocéntrica, es decir, fue escrita desde el punto de vista de los colonos. No sorprende que los primeros temas tratados hayan sido los del desarrollo de los comportamientos raciales, las políticas gubernamentales y sus cambios, el impacto muchas veces fatal de di-

chas políticas sobre las comunidades aborígenes. En ese momento inicial, las perspectivas indígenas, las “voces” del otro protagonista, no se dejaban ver ni escuchar.

Hace 25 años las cosas cambiaron y los historiadores, no aborígenes en su mayoría, empezaron a recuperar las respuestas y actitudes de los aborígenes. Devolverles acción y palabra no fue fácil, dada la escasez de fuentes indígenas. A diferencia de los maoris de Nueva Zelanda o de los indios de América del Norte, los aborígenes australianos tuvieron una presencia política discreta en los siglos XIX y XX. Esto se debió, en gran parte, a la negativa de los gobiernos británicos a reconocer sus derechos a la tierra; por lo tanto no existen, en el siglo XIX, esos tratados que los colonos tuvieron que firmar con los maoris, como el Tratado de Waitangi, por ejemplo. Además, la cultura aborigen era oral y el grado de analfabetismo se mantuvo a un nivel excepcionalmente alto hasta 1960, lo que significa que incluso los más participativos y elocuentes activistas no dominaban la escritura. Por lo tanto, los autores que escribían esa historia tenían muchas veces que recurrir a la historia oral, con todos sus problemas y limitaciones.

Desde la emergencia de los movimientos políticamente concientes de los años setenta, los activistas aborígenes se han dedicado a la presentación y defensa de sus derechos en su calidad de descendientes de los primeros habitantes del continente. La tierra ha sido lógicamente central en esa lucha, pero también han sido importantes los combates alrededor del estatuto de lo que queda de la cultura material de esa población. Sus representantes políticos y culturales han puesto en duda el derecho de las instituciones “blancas” a controlar esos vestigios; concretamente, no aceptan que los museos y archivos tengan el control de ese material y critican a los historiadores, arqueólogos, lingüistas y antropólogos que los han estudiado.

La academia y el activismo aborigen han participado muy recientemente en los debates políticos y jurídicos sobre la herencia de las relaciones entre ambas comunidades. El primer combate se libró en forma de campaña para obligar al Estado a reconocer los derechos indígenas sobre sus tierras ancestrales, con el fin de abandonar la vieja teoría de que, a la hora del descubrimiento, Australia era “tierra de nadie”. Más recientemente, la presión

aborigen logró la conformación de una comisión oficial para estudiar la historia de la “generación robada”, esos niños que el gobierno quitó a sus familias para colocarlos en orfanatos, misiones religiosas y familias de clase media blanca.

Los historiadores australianos han tenido un papel fundamental en todos estos asuntos, lo que ha colocado a nuestro oficio y a sus practicantes en la escena pública como nunca antes. Los historiadores han “revisado” celosamente la narración tradicional de la colonización y de las relaciones con los aborígenes que durante 150 años ha sido escuchada por los australianos.

Los universitarios mexicanos conocen bien el papel de las comisiones para la verdad y la reconciliación en Centroamérica, Chile, Argentina, África del Sur y Camboya, pero en Australia, como en México —más en particular desde la emergencia pública del EZLN en 1994—, la cuestión no versa sobre la herencia inmediata de una dictadura o de una guerra civil reciente sino sobre cómo tratar una muy vieja injusticia histórica. Para contestar a ese reto, durante los últimos veinte años los historiadores australianos se han lanzado en una empresa colectiva de ajuste de cuentas con el pasado. Jamás la historia había sido tan fundamental para enfrentar el legado del pasado y su sentido para el futuro. Los historiadores australianos han trabajado sobre el pasado para constituir, negociar y estabilizar una identidad en el presente. Muchos lo pagan caro.

De manera inevitable, esa angustiosa investigación histórica significa grandes retos para las elites políticas y culturales, tanto como para el ciudadano común. En Australia, como en México, el presente está conformado y alimentado por un imaginario nacional, pero el consenso ha sido masivamente erosionado por las “guerras de historiadores” de los últimos 20 años. Las narrativas tradicionales han perdido su legitimidad; viejas creencias sobre la identidad colectiva han sido destrozadas; ahora muchos australianos califican como día nacional el 26 de enero, día de la invasión o de la sobrevivencia, y cientos de miles han marchado en las calles en protesta contra la negativa del gobierno a “pedir perdón”, o bien han firmado “libros de perdón” para manifestar públicamente su vergüenza y tristeza.

En una sociedad poscolonial como Australia, que intenta nuevas relaciones con su pueblo indígena, no hay otro camino que persistir en una rigurosa interrogación del pasado. La historia convencional de la conquista pacífica de Australia por el colonizador, de la marcha triunfal hacia el dominio de la naturaleza, de la construcción de una identidad nacional moderna y segura de sí misma, no funciona más. Durante 150 años los historiadores ignoraron la cuestión espinosa de las relaciones entre blancos e indígenas, mencionándola, cuando mucho, en notas al pie de página. Esa amnesia ha sido calificada como el gran silencio australiano.

Los australianos indígenas –el dos por ciento de la población total– siguen atrapados en un ciclo de racismo y exclusión, de pobreza transmitida y de pérdida de autonomía en todos los niveles. Tuvieron que esperar hasta 1967 para recibir derechos ciudadanos completos y ser contabilizados en el censo nacional. Si bien muchas de las políticas y prácticas anteriores de desposesión y marginalización han desaparecido, las derrotas y los traumas que causaron siguen vivos en el imaginario nacional y contaminan las relaciones actuales entre las comunidades.

No se ha logrado convencer a los diferentes gobiernos nacionales de enfrentar las injusticias pasadas con la redacción de un tratado entre los australianos indígenas y no indígenas. John Howard, el primer ministro actual, ha dicho y repetido que no es el momento de decir “lo siento”. Sin embargo, a principios de los años noventa los gobiernos prometieron corregir los errores y daños del pasado, en especial en relación a la “tierra de nadie”, para lograr así alguna forma de reconciliación y sanar las heridas de la historia.

Mucho se ha logrado, pero el proceso de reconciliación no progresa. Esto se ve claramente en los debates públicos sobre la reinterpretación del pasado por los historiadores, asunto que ha polarizado el debate político y engendrado una respuesta conservadora a la historiografía revisionista en los últimos cinco años. Keith Windschuttle y Geoffrey Blainey han vuelto a alabar los rasgos positivos del nacionalismo australiano y acusan a los revisionistas de practicar una visión de la historia al estilo “moño negro”; esa última referencia significa que se le reclama a los revisionistas estar en duelo por una

Australia “correcta” y “verdadera”, asesinada por el racismo y el imperialismo capitalista.¹

Esta reacción ha tomado varias formas. El gobierno de John Howard ha rechazado las conclusiones de las comisiones nombradas oficialmente, como el informe de 700 páginas publicado en 1997 bajo el título *Bringing Them Home* (Tráiganlos a casa) que afirma que la política gubernamental de los “niños robados” caía bajo el concepto de genocidio, tal y como lo definió la ONU en 1948.²

Los gobiernos y los populistas han capitalizado la angustia del público frente al estado cada vez más problemático de la historia nacional. Ha sido fácil despertar el miedo a una posible revancha indígena, a la venganza por los crímenes cometidos en el pasado. El miedo al costo eventual de las compensaciones pedidas por los aborígenes, el pánico frente a la perspectiva de reclamos sobre la tierra, en una nación de terratenientes europeos y asiáticos, ha paralizado el debate. Si la base empírica del contraataque conservador es endeble, no cabe duda de que los activistas revisionistas no han sido siempre sensibles a los miedos del público: han armado una historia de Australia en forma de oposición, en lugar de buscar encuentros con el pasado, y se han complacido en una politización excesiva del debate histórico. El resultado ha sido una reducción de las complejidades de la historia a unos pleitos polémicos: ambas versiones se enfrentan en una lucha libre a la australiana.

¹ Geoffrey Blainey, “Drawing Up a Balanced Sheet of Our History”, *Quadrant*, julio-agosto de 1993, pp. 11-15; Keith Windschuttle, *The Fabrication of Australian History* (Sydney, 2002). Para leer una respuesta al asalto de Windschuttle véase Robert Manne (ed), *Whitewash: On Keith Windschuttle's Fabrication of Aboriginal History* (Melbourne, Black Inc, 2005). Entre los historiadores atacados por los conservadores se cuentan: Lyndall Ryan (*The Aboriginal Tasmanians*, Sydney, Allen and Unwin, segunda edición, 1996); Henry Reynolds (*The Other Side of the Frontier: An Interpretation of the Aboriginal Response to the Invasion and Settlement of Australia*, Townsville, 1981; *Aborigines and Settlers: Dispossession, Frontier: Aborigines, Settlers and Land*, Sydney, Allen & Unwin, 1987; *This Whispering in Our Hearts*, Sydney, Allen and Unwin, 1998, y *An Indelible Stain: The Question of Genocide in Australia's History*, Melbourne, Viking, 2001), Baine Attwood and Andrew Markus (*The Struggle for Aboriginal Rights*, Sydney, Allen and Unwin, 2000), y Richard Broome (*Aboriginal Australians: Black Responses to White Dominance, 1788-2001*, Sydney, Allen and Unwin, 2002).

² Para más referencias sobre el informe se puede consultar el sitio http://www.hreoc.gov.au/social_justice/stolen_children/

Lo que se necesita ahora, sobre todo, es un compromiso renovado para construir una historia nacional capaz de comunicar a todos los segmentos de la sociedad australiana. La investigación y la escritura histórica deben ayudar a los australianos a saber cómo y por qué otros ciudadanos piensan como lo hacen. Reconocer la validez de las otras memorias es una necesidad vital. Si esto no se logra, entonces el aumento en el dramatismo de los debates sobre la historia de Australia nos promete una sola cosa: dos relatos rivales seguirán echando leña a la hoguera y alejarán la posibilidad de una reconciliación. ❧

El mundo visto desde Europa (en cualquier atlas).





El mundo visto desde **China** (atlas contemporáneo de la República Popular China).